

# *Tropico artificial*

**Jorge Vital Cadenas**



# Trópico artificial

C O L E C C I Ó N

TEUTILA CORREA DE CARTER

*Premio Universitario de Cuento*

**Guillermo Narváez Osorio**  
*Rector*

# Trópico artificial

**Jorge Vital Cadenas**

Premio Universitario de Cuento  
“Teutila Correa de Cárter”

Feria Internacional del Libro UJAT 2023

El H. Jurado estuvo integrado por los escritores:

Vicente Gómez Montero

Sergio Ricardo Arenas Martínez

Raúl Armando Hernández Glory



**UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO**

Primera edición, 2023

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura  
Colonia Magisterial, C.P. 86040  
Villahermosa, Centro, Tabasco

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

ISBN: 978-607-606-649-2

Diagramación: Yohana Noriega Alcudia  
Portada: Fredys Pérez Ruiz

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

## Trópico artificial

*“¿A dónde vamos? ¿En dónde yacemos, como en un disco  
músicas inauditas, hasta que Dios nos manda nacer? ¿No  
perciben un paralelismo entre los destinos de los hombres y  
de las imágenes?”*

**Adolfo Bioy Casares**

Era la segunda vez que Arturo recibía una invitación a la Feria Internacional de la Música en la capital jalisciense.

En la primera ocasión, que había sido hace tres años, dieron a conocer el software con el que se logró crear melodías de Kurt Cobain, Amy Winehouse y Prince a través de los acordes de la obra que dejaron en vida. El equipo que él lideraba había logrado un resultado que la gente y, sobre todo, los acérrimos fanáticos no lograron comprender. Y aunque lo que para Arturo y su equipo de becarios universitarios era un logro de la inteligencia artificial para otros era una ofensa sobre la mente del artista; otros tantos lo consideraban un sacrilegio. Cuando los sindicatos de músicos amenazaron con meter las manos se decidió no hablar más del tema. Solo Arturo y su equipo, y algunos otros inversores, podían disfrutar de canciones y melodías inéditas de casi cualquier artista fallecido.

Para esta segunda ocasión Arturo vivía en Buenos Aires participando en una investigación sobre la creación de música personalizada para enfermos terminales. Aquello también

realizado mediante inteligencia artificial con la identificación de patrones en la plasticidad neuronal y rasgos de cada paciente. Con la creación de sinfonías creadas de forma individual, decodificando los ritmos y las melodías favoritas de cada sujeto se llegaban a crear melodías tan acercadas a lo idealizado por cada complejo neurológico que prácticamente los inducía a un descanso tan cercano como el que pregonan los budistas. Los resultados eran grandiosos: la respuesta neuronal y la tolerancia al dolor mejoraban en un porcentaje altísimo, muchos pacientes, incluso, disminuían a cero la ingesta de analgésicos.

Cuando los directivos del instituto al que pertenecía le pidieron mostrar estos resultados en una feria musical no entendió mucho pero tampoco objetó nada. Al fin y al cabo, podría visitar a su familia en el centro del país.

Ya una vez en el recinto jalisciense, sin que le resultara sorprendente —su propio trabajo le había restado capacidad de asombro— la administración del evento le había otorgado un espacio de diez minutos para hablar sobre su investigación, que en realidad terminaron siendo seis ya que el siguiente en ocupar el estrado sería un bajista de una reconocida banda mexicana de rock indie que presentaría su libro de haikus. Arturo bajó con el estomago acedado del templete y decidió caminar para disipar su enojo. Los sonidos mezclados de la tambora con la marimba lo ahuyentaron del lugar. Continuó hacia la explanada donde se escuchaba un grupo de raperos alternar con jaraneros mientras se acomodaba el siguiente grupo, Arturo pensó en regresar al pabellón de innovación musical a escuchar los sonidos emitidos por la decodificación del ARN de un virus recién descubierto.

Comenzaba a alejarse cuando la vio. La siguió hasta el templete donde un hombre obeso con camisa floreada apostado frente a un teclado dio un grito e inició a tocar. Arturo estaba absorto en quien después sabría se llamaba Cira.

Cira era bailarina y se destacaba por encima de las demás. Se contorneaba a como se lo dictaban el teclado y el timbal. Su cuerpo se movía como si no contara con la rigidez ósea, las caderas parecía que desdeñaban a su aparato motriz, los brazos oscilaban transformando el aire en figuras etéreas. Si fuera una máquina, pensó Arturo, tendría roto un tornillo del eje. Arturo no despegó el ojo de ella en toda la presentación de aquel grupo y esperó al finalizar para ir a conocerla, sin embargo, no la alcanzó pues salieron por el lado contrario del que habían llegado.

Arturo tuvo entonces un motivo para acudir a la cena de clausura. Acudió a la cena desde temprano y se mantuvo cerca de la puerta para abordar a Cira en cuanto llegara. Pero no sucedió. Llegó el tecladista, que, bajo un blazer morado, lucía otra camisa floreada; Arturo se acercó a él y al grupo que lo rodeaba teniendo que soportar una retahíla de chistes rojos y homofóbicos. La cena sucedía sin eventos trascendentales y daba, muy propia, la atmósfera de los eventos a los que nadie asiste por mera voluntad. A Arturo le costó una generosa propina al mesero, que no paró de acercarle tequilas, y tras media hora de plática trivial logró sacarle al tecladista dónde se encontraban sus bailarinas y el resto de la delegación tabasqueña.

Allá fue a encontrarse con la mujer que había logrado hipnotizarlo, que había logrado algo que, como dije antes, no sucedía desde hacía tiempo: asombrarlo. Iba con el corazón inquieto, reparó en lo poco que había socializado con personas en los últimos tiempos. Toda su interacción se limitaba a mails y videollamadas, las únicas ocasiones en que se reunía con su equipo era cuando finalizaba una decodificación musicomental (como ellos lo llamaban) o cuando recibían un nuevo voluntario para su investigación. Realmente no sabía cómo acercarse a esa mujer.

La encontró en un bar de esquina jugando billar con un cigarro en la boca. Su oponente era un travesti con una

altura superior al uno ochenta. Sonaba Rocío Dúrcal en la rocola. Arturo la semblanteó desde la barra sin saber cómo acercarse. Vio cómo ganó tres veces seguidas y cómo el travesti fruncía la boca mientras se iba diciendo “pinche zorra suertuda”. Cira se quedó sin oponente y se sentó con las demás bailarinas a terminarse las cervezas que flotaban dentro de una cubeta.

Lo mejor para Arturo en ese momento fue ver que no se ponían de acuerdo en seguir la borrachera. Más rápido que de inmediato les envió una nueva cubeta de cervezas fijadas al centro por un trozo de hielo turbio. Brindó a lo lejos con todas. Arturo continuaba buscando la mirada de Cira, sin embargo, esta se encontraba absorta en el celular. Incluso algunas de las acompañantes se habían acercado a darle las gracias incluyendo un roce coqueto de rodillas al que Arturo no accedió. Estaba embelesado por Cira. La rocola calló, después de unos minutos se animó a acercarse a la mesa de las bailarinas, le preguntó directamente a Cira si quería poner algo. Ella lo desdeñó, aunque por presión de las demás, se paró a buscar algo en la rocola. Arturo no se decidía cómo iniciar una plática, pensó que si comentaba que lo había hechizado por su forma de bailar, Cira lo terminaría de encasillar como un pervertido que quiere gastar una noche con sexo frío.

Para su sorpresa Cira comenzó a preguntarle sobre su oficio. Arturo tuvo entonces episodios cortos de ausencia, el alcohol ralentizaba ya la formación de oraciones. Quería contarle sobre la creación de melodías personalizadas para enfermos terminales y su impacto sobre el bien morir, pero decidió que no era un tema para un bar de cervezas con mesas de billar, así que resolvió contarle sobre el primer proyecto en el que había participado: la creación de hologramas de artistas muertos.

—¿Y eso para qué? —A pesar de que el tono contenía una carga de desdén a Arturo le agradó, era un primer paso. Le

contó sobre la pérdida cultural que deja cada artista muerto a temprana edad y sobre el dinero que las marcas dejan de recibir. Cira lo escuchaba cada vez con mayor atención mientras continuaba buscando canciones en la rocola. Terminó por poner a Selena ante la presión de sus acompañantes. Algunas se pararon a bailar invitando a Cira que se negó y tomó de la mano a Arturo para llevárselo a una mesa.

—Cuéntame, ¿qué hacen esos stickers? —ahora lo miraba directo a los ojos con toda la atención.

—Son hologramas —aclaró ofendido, pero disimulándolo— podemos llegar a programar participación en recitales hasta conciertos enteros, ¿no viste a Tupac o a Prince en el Súper Bowl? Un exjefe dice que Jeff Bezos tiene conciertos inéditos de Elvis y Bill Gates de Mozart.

—¿O sea que se puede de cualquier artista? —A la bailarina le brillaron los ojos.

—Para ti haría el del menos pensado —respondió Arturo con la seguridad del borracho enamorado. Volteó hacia la barra y con un gesto seguro pidió dos cubetas más de cerveza.

La noche para los dos continuó en la habitación de una posada cercana al bar con mesas de billar. Apenas cruzando la puerta —no sin antes encender una bocina, que sacó de su bolso, y poner una playlist de Chico Che— tumbó a Arturo sobre la cama y se deshizo en movimientos sobre él, que no aguantó durante mucho tiempo los embates de nuestra bailarina, cosa que no incomodó a Cira que continuó el vaivén de sus caderas sobre la herramienta yerta del programador. Cira, a quien todo mundo que la hubiera visto bailar las melodías tropicales sabía que lo hacía como si no existiera otra cosa en el mundo, se entregaba en frenesí durante el tiempo que durara una pista, y Arturo ahora confirmaba que llevaba esa pasión danzante al lecho carnal.

Lo trascendido, que no fue más allá de un choque de huesos más que de carnes, no es el punto interesante en esta

historia sino lo que se presentó posteriormente. Arturo se encontraba enamorado de Cira; sí, el encuentro carnal la había colocado a un grado religioso.

La bailarina le había pedido que utilizara todas las cuestiones de programación y todas las herramientas de inteligencia artificial para lograr el anhelo de ella —y, hay que decirlo, de cientos de miles de sus paisanos—: un concierto de Chico Che. Arturo, claro está, no lo dudó y anunció su renuncia al trabajo en Buenos Aires argumentando problemas familiares que urgían su presencia.

La vida de ambos se trastocó. Regresaron de Guadalajara a vivir juntos a la capital tabasqueña. La vida se les iba en pláticas acerca del hombre del overol y noches donde Cira agotaba las reservas de energía del programador a base de contoneos. A Arturo el amor le enmascaraba el calor y los bochornos a los cuales no estaba acostumbrado: de vivir en un edificio del barrio de Palermo recayó en una vecindad de Tamulté. Pero cada noche que veía a Cira ensayar sus pasos frente a él desechaba toda oportunidad de arrepentimiento. Hasta la música de Chico Che comenzó a gustarle, se descubrió en varias ocasiones tarareando alguna melodía.

La convivencia con Cira le hizo pensar a Arturo que tomaba las riendas de la vida, la plenitud se asomaba tímidamente, pero la realidad es que no tenía control sobre nada. Cira aparte del concierto le pidió nuevas melodías, el recital no debía ser un refrito de clásicos, quería más. Ella misma quería aprender a programar sobre todo para supervisar el trabajo de Arturo. Fijaron una rutina donde durante toda la mañana él le mostraba los distintos ejercicios de programación, algunas ocasiones tenían que ir a cosas básicas porque la bailarina aún usaba correo de Hotmail. Las clases de software eran compensadas con jornadas de sexo tropical donde la música de Chico Che dictaba los tiempos.

Ella poco a poco lo había aislado de todo, lo había hecho renunciar a su trabajo en Argentina, le decía que el visitar

a su familia en el centro del país era innecesario y que los proyectos venideros les dejarían el dinero suficiente para vivir holgadamente. Así, separado de todas sus conexiones cercanas, el mundo de Arturo fue orillado a volcarse únicamente sobre los entes de los que he narrado: de Cira y Chico Che, de Cira cogiendo con Chicho Che de fondo y de Cira contando la historia de Francisco José Hernández Mandujano. Solo le faltaba a nuestro programador el grillete que lo amarrara a la mesa donde trabajaba.

Pero tanto trabajo dio frutos pronto: la primera melodía articulada por la inteligencia artificial creada por Arturo vio la luz, se tituló “Ojitos color petróleo” y era una oda a la mujer del hombre petrolero, aquella época en que el músico pereció era el inicio del boom del hidrocarburo en la región. Arturo quiso salir a festejar, pero Cira, entusiasmada a medias porque no era el resultado que esperaba, lo comenzó a someter a sesiones de conciertos grabados en formato VHS, ni en Youtube se encontraba el acervo que Cira poseía. Desde ese momento la bailarina fue más severa en la supervisión del trabajo; pese a que el programador le explicaba que no podía apresurar el proceso ella insistía en acelerar la producción.

Arturo, claro, como usted, lector, comenzó a sospechar.

Llegado un momento, con cinco melodías nuevas totalmente desarrolladas y aceptadas por la bailarina, Cira comenzó a vestirse de forma distinta a la que acostumbraba. Gastó los ahorros del programador en trajes sastre dejando atrás sus faldones y blusas bordadas con flores tradicionales. Ahora se entallaba el cuerpo con telas finas hechas a la medida, dejó de mostrar los pies para usar zapatillas de tacones altos, comenzó a presumir su cuello y sus afiladas clavículas dejando descubiertos los hombros. De la misma manera cambiaron sus rutinas, inclusive dejando de lado las sesiones de prácticas de danza. Comenzó a recibir llamadas en todo momento, por las tardes las sesiones de sexo

se veían interrumpidas por timbrazos donde Cira agendaba reuniones y citas. Estando con él la bailarina hacía planes como un equipo, pero en las llamadas solo se refería a todo lo creado como “mi sacrificio”. Cira dejaba de tener instinto para la acción colectiva, solo le interesaba la complacencia individual, el regocijo del aplauso era su opio... eso la hizo apurar el primer concierto de Chico Che con inteligencia artificial.

El pasaje que estoy por relatar es breve en mi reconstrucción de lo que significa para los testigos de ese momento: era una mañana espléndida de primavera, como si los hados, siempre en contra de los tabasqueños, se hubieran despistado proporcionando placer en un cielo despejado, una temperatura soportable y un sol que bruñía la piel amablemente. La noticia del concierto del tecladista estrella de la región, el mismo de las camisas floreadas, se dio con anticipación, pero con una sorpresa: por encima de la foto de propaganda, en todas las bardas e incluso en pantallas el nombre era intervenido por la icónica imagen de Chico Che oliéndose la axila. Pese a que era una propuesta gastada, puesto que hechizos homenajes abundan cotidianamente, todos los boletos se agotaron casi de forma inmediata. La sede era el recién estrenado Estadio Centenario que se vislumbraba impoluto. El escenario tenía de fondo unas pantallas de aproximadamente diez metros de alto que prometían un espectáculo visual importante. El estadio comenzó a llenarse pronto, y para la hora fijada de inicio se encontraba a reventar tanto en gradas como en el redondel del campo. En la arena la gente se humedecía la garganta con cerveza, algunas parejas ya bailaban animadas por las cumbias tropicales que sonaban de fondo, cuando de pronto se hizo el silencio. Rápidamente el tecladista de camisa floreada y sus músicos ocuparon sus espacios para dar inicio a su parte del espectáculo. No hace falta decir que fue una presentación grandiosa donde él y sus bailarinas pusieron todo su esfuer-

zo para satisfacer a su gente; sin embargo, a los cuarenta y cinco minutos de show nuestro tecladista dio por interrumpido su repertorio anunciando una gran sorpresa. Las lágrimas del hombre de camisa floreada auguraban algo único. De la pasarela principal con la que contaba el escenario comenzaron a emerger pantallas casi igual de altas que las del fondo. Algunas rechiflas hubo por la gente de la arena que pronto calló por la intriga que superaba la emoción. Y fue como comenzó todo: las pantallas que antes transmitían motivos naturales que acompañaban las cumbias comenzaron a pasar un video que inició con un espermatozoide entrando a un ovulo, fecundándolo, comenzando la creación de un individuo que posteriormente nacía, le era cortando el cordón umbilical y entregado a su madre; en el mismo video había imágenes del individuo calzándose sus primeros huaraches, recibiendo de regalo un teclado, practicando sus primeros acordes, probándose sus primeros lentes de pasta, prendiendo un carrujo, exhalando el humo sobre sus manos largas siempre puestas sobre teclas, y por último abrochando los botones de un overol de mezclilla, finalizaba el video con imágenes del cortejo fúnebre del artista cuando la carroza que lo trasladaba pasaba sobre las principales avenidas, entre los llantos de sus seguidores y las flores que caían de los macuilis. Ni siquiera los cubeteros o los vendedores de butifarras rompían el pasmo que precede a los grandes sucesos. Se hizo un negro total en las pantallas que se rompió en la zona más alejada de la pasarela, aparecieron imágenes de unos botines de cuero que caminaban hacia el escenario, conforme avanzaban —con una cojera apenas perceptible— se hacían más pequeños dando espacio a pantalones azul rey, cuando la imagen se acercó al escenario todos notaron que se trataba de un overol. La cara de los florentinos al ver avanzar al David de Miguel Ángel, cuando este era llevado arrastrado sobre troncos al museo principal, era una caricatura en comparación con la cara de

los tabasqueños que miraban el avance de este su gigante. Fue entonces cuando el cielo rugió y el hombre del overol clamó su grito de batalla: ¡FUEGO!

Lo que sucedió a continuación fue de antecedentes bíblicos, apoteósico. Macorina, El ritmo que suena, Quén pompó y otros clásicos fueron entonados casi en salmodia. Al principio nadie bailaba, todos estaban absortos en aquel tipo que ya se había velado, pero ni cerca de ser superado. El resultado del trabajo de Arturo era prodigioso, había incluido una importante cantidad de datos sobre las preferencias del público actual por lo que el tono estaba calibrado al grado de satisfacer cualquier gusto. Es decir, si se hubieran animado a introducir una ópera Chico Che no hubiese fallado una nota o *vibrato*. El repertorio mezclaba clásicos con nuevos temas que fueron igual de aplaudidos, todos aceptados de forma inmediata: Efecto de memoria, Amante en duelo, Recuerdo prestado, Hijo perpetuo, La balada de Mike Cole, Misa negra a Tomás Garrido —que era una cumbia dark guapachosa muy al estilo de Sonido Gallo Negro—, El hechizo del Grijalva, Agua de socorro, Oda tropical —que resultó un acompañamiento a algunos poemas de Carlos Pellicer, un crossover que Cira tenía en mente—, Nevada en el parque La polvora —un ensamble de quince minutos al estilo de Los Temerarios, el conjunto que precedió a Chico Che y su unión con La Crisis—. El concierto se extendió hasta bien entrada la noche y cerró con Chico Che siendo abducido por un platillo volador después de entonar Si se calla el cantor.

Arturo y Cira observaron todo desde el palco principal. Arturo sorprendido porque la imagen del campo se le asemejaba a un cuadro de El Bosco; Cira, triunfante, recibía todos los aplausos de parte de los organizadores. Los empresarios hacían largas filas para llenarla de halagos intentando que esa lisonja les ayudara a convencerla de entregarles una gira de conciertos, pero ella, muy propia, los desdeñaba. Las

ganancias redituadas fueron de varios millones de pesos de los cuales Arturo recibió una pequeña parte, prácticamente lo que había gastado desde su regreso de la capital jalisciense. Cira argumentó que todo se iría a un fondo compartido.

Al día siguiente, el concierto acaparaba las primeras planas de los diarios y los noticieros televisivos —como en época de inundaciones, las televisoras locales superaron ratings de audiencia—, la radio —siempre rebosada de felicitaciones por onomásticos o anuncios luctuosos— recibía miles de llamadas preguntando cuándo sería el nuevo concierto. Pero nadie podía responder esta pregunta. Se realizaban entrevistas a historiadores, a críticos de música, a líderes de opinión, todos afirmaban que era un evento que convulsionaría a la entidad.

Cira y Arturo se cambiaron a unos lujosos departamentos con vista a la laguna. Al programador, por instrucciones de la bailarina, le fue acondicionado un estudio donde continuaría su labor creativa. Cira se mantenía en reuniones con empresarios nacionales que, primero, querían llevar a cabo una gira por toda la región, y dos, hacían solicitudes para el desarrollo de conciertos de sus propias figuras. Cira, ahora convertida en empresaria, autorizó la programación de una gira únicamente por la entidad a cambio de jugosos contratos y prestaciones. De todo esto Arturo apenas era enterado por terceros, Cira continuaba acaparando el total de las ganancias.

Para la programación de los nuevos conciertos se decidió ser precavidos debido a la locura colectiva que estos pudieran provocar, sin embargo, todo fue infructuoso. Se creó una plataforma especial para la solicitud de boletos que por la alta demanda colapsó en poco tiempo. El primer concierto que, por logística, fue elegido en el municipio más alejado del estado, trascendió entre un caos incesante. Todavía horas antes del concierto la gente luchaba por conseguir alguna entrada. Quienes no podían acceder a la

plataforma, por falta de conectividad, acudieron a acampar desde la noche antes al recinto designado; ante la imposibilidad de obtener una entrada interrumpieron el ingreso de los demás. Cira ordenó el uso de la fuerza pública a lo que los empresarios utilizaron todas sus argucias políticas para que el gobierno interviniera y así fue. A pesar de que hubo varios muertos por la reprimenda de los portazos sucedidos la programación del concierto se ejerció puntual.

Al día siguiente, de nuevo, solo se habló del concierto.

La reaparición del ídolo trajo una sucesión de cambios a nivel regional. Se dejó de ser la región donde abundaban los gestos de negación para ser la región de la esperanza. La inversión privada se tropicalizó para dejar de implementar extranjerismos —a manera de sátira los ilustradores locales montaron murales por los barrios pobres con la imagen de Chico Che con diferentes proclamas existencialistas: *Tabasco's real messiah*, *My theory is the ghetto*, *Our coin is cumbia*—, y trastocó todo. Todo. Al equipo de beisbol le fue inyectado tanto dinero que se trajeron a grandes estrellas incluyendo a Julio Urías para la obtención de un nuevo título. Una planta de Tesla se inauguró para llenar las principales avenidas de autos que memorizaban baches y los evadían de forma automática. La laguna que partía la ciudad fue limpiada con lo que se logró mejorar la calidad del aire, se obtuvieron insignias que situaban a la ciudad como una de las más limpias del mundo. La clase alta tabasqueña daba cocteles y bailes cada tanto donde no se reparaba en gastos y lujos, es decir: la vida de la región parecía estar dirigida por Baz Luhrmann.

Está claro que los puristas hacen de la historia de la inteligencia artificial una historia llena de fracasos, pero acá se había roto esa tendencia; todos —a excepción de alguien— abrazaban el regreso de Chicho Che y lo que había traído. Esa excepción era nuestro Arturo.

Disipada la obnubilación producida por el enamoramiento sobre Cira el programador comenzó a sopesar sobre su actualidad. Había sido relegado por un personaje muerto hace más de treinta años. No entendía, pese a que Cira le había contado que poniendo las canciones de Chico Che a todo volumen dejaba de escuchar los gritos de su madre cuando era golpeada día a día por su esposo alcohólico, la acérrima veneración de ella y de sus paisanos por el hombre del overol. Incluso en un examen de conciencia determinó que no le gustaban esos sonidos agudos y explosivos que era la cumbia, él seguía prefiriendo el folk y las sinfonías de Mahler, algo con mayor cantidad de matices según sus entendimientos. También se mostraba asombrado por los cambios que se suscitaron en cuestión de semanas, le sorprendía cómo, al parecer, solo faltaba la aparición de un falso ídolo para poder cambiar todo, pero lo que más le dolía era que esta gente tenía la capacidad, recursos y voluntad para hacerlo, pero simplemente se regocijaban en la procrastinación. Decepcionado por el lugar, por el amor, y por Cira a quien ya ni siquiera veía cotidianamente, decidió huir para tomar un nuevo rumbo. No sin antes llevarse lo que él mismo había construido.

Durante los conciertos nadie reparaba en que los ojos del holograma de Chico Che este se despedía. Parpadeaba en clave morse su retirada. La de él y la de Arturo, la del progreso, la de la revolución artificial que se había gestado.

Arturo de a poco fue eliminando toda la data recolectada, todos los sistemas fueron encriptados para desaparecer en cuanto él tomara un avión rumbo a Chile. Arturo quería que su nuevo proyecto de inteligencia artificial tuviera que ver con Roberto Bolaño. Cira ni se enteraría, los rumores la situaban en una relación con el actual secretario de cultura. La gira no terminaría, de los veinte conciertos apenas se lograban cinco. Y en este quinto sucedió: antes de iniciar el interludio las pantallas comenzaron a parpadear, Chico

Che se miraba difuminado y la voz comenzó a ser eléctrica. Al principio, por encima del canturreo general, no se notaba. Pero la difuminación de la imagen hizo que todos se alertaran. Cira se levantó sorprendida en su palco y mandó a buscar a Arturo, de quien no sabía nada desde hacía dos días. En el campo los ánimos comenzaron a caldearse, comenzaron a llover golpes y envases de cerveza. Las rechiflas eran generalizadas, algunos asistentes subieron al escenario para golpear las pantallas, como quien golpea una televisión para que regrese la imagen. De los gritos pasaron al llanto, después gritos y la locura se hizo general. Cira, en el afán de solucionar, bajó hasta el escenario para conectar una bocina y ponerse a bailar, a pesar de que la falda elegante le impedía movilidad, daba sus mejores pasos cuando un envase de cerveza le atinó en la sien provocándole un desvanecimiento instantáneo. El caos terminó en un incendio que arrasó el estadio recién estrenado, se extendió a las colonias colindantes. El fuego tardó más veinticuatro horas en ser extinguido.

Apenas bajando del avión en Santiago, Arturo abrió Twitter en su celular, lo primero que vio fue las noticias de lo sucedido en la cuenta de un periódico tabasqueño. Tuvo una sonrisa genuina que terminó en un suspiro prolongado. Fue al perfil del periódico y le dio *unfollow*.





DEPARTAMENTO  
**editorial**cultural

Lic. Guillermo Narváez Osorio  
*Rector*

Dr. Luis Manuel Hernández Govea  
*Secretario de Servicios Académicos*

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel  
*Director de Difusión Cultural*

Mtro. Fredys Pérez Ruiz  
*Jefe del Departamento Editorial Cultural*

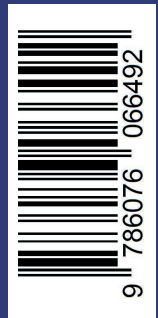


Esta obra se terminó de editar el 12 de octubre de 2023 en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



COLECCIÓN  
TEUTILA CORREA DE CARTER

*Premio Universitario de Cuento*